

Clases particulares

(Cuento)

FERNANDO EMMERICH

Faltaban unos minutos para salir a recreo. Lionel se puso de pie, mirando a sus camaradas como si ya estuviera de acuerdo con ellos y quisiera cerciorarse de su apoyo. Los muchachos, después de frotarse las manos con una vibración de placer anticipado, abandonaron la rigidez con la cual simulaban atender a la clase y se acomodaron en sus asientos, convertidos en espectadores de una función a punto de comenzar, mientras las niñas continuaban guardando con desprevenida tranquilidad sus útiles y ordenando sus cuadernos y sus libros. Jorge Forbes presintió cierto peligro, pero no pudo hacer nada. Esperó, tenso.

—Le traje un regalo, señor.

Brotaron algunas risitas entre los alumnos. Las niñas, guiadas por las miradas de sus compañeros y por la del profesor, se volvieron hacia Lionel. Sonriendo pícaramente, a pesar de su rubor, Lionel sacó de su pupitre una revista en cuya portada una hermosa joven de chaquetón y gorra de marino, fumando en una pipa, se apoyaba en la rueda de un timón.

—Como sé que usted es bastante aficionado a las chiquillas bonitas, le traje un “Adán”. ¿Le gustaría salir con esta rubia, señor?

Y abrió la revista y, manteniéndola en alto, desplegó la hoja del centro. Mirándolos con un gesto de provocativo candor y cubriéndose —como si la hubieran sorprendido así, desnuda— de los pezones al pubis con una pequeña toalla, una rubia mostraba su cuerpo escultural; gotas de agua perlaban su piel bronceada, blanca sólo en los breves espacios que había tapado en alguna playa un diminuto traje de baño de dos piezas; a su lado, sobre un canapé tapizado con felpa granate, un bastón, un par de guantes y un sombrero de copa delataban maliciosa-

mente la oculta presencia de un afortunado varón. Percibiendo en el rostro del señor Forbes un aire propicio, los muchachos rieron, halagados por una enorgullecedora sensación de complicidad compartida con el profesor. Las niñas, por su parte, se habían escandalizado con el debido pudor y con evidente altivez, ofendidas en su dignidad femenina. La desnudez de aquella mujer las hacía sentirse desnudas también a ellas, lo cual no dejaba de ser una pretensión si se comparaba la plena opulencia de la rubia con los cuerpos todavía pintones de aquellas colegialas doceañeras. El profesor sonrió. ¿De dónde había sacado esa revista? Lionel se le acercó para entregársela, preludiando risueñamente su revelación.

—Mi tío las compra, señor. Les da un vistazo y después las deja botadas en el salón.

—¿Y sabe tu tío que le tomaste una?

—Pero si no sabe siquiera cuántas tiene, señor. Las compra y luego las tira.

—Sea como sea, Lionel, ésta la vas a dejar donde la encuentraste. Agradezco tu gesto, pero no puedo recibir esa revista, porque pretendes regalarme algo que no es tuyo.

Lionel se puso rojo. Evidentemente no esperaba ese rechazo. Contrariado, herido, volvió desganadamente a su puesto, desoyendo las voces con las cuales algunos de sus compañeros le pedían la revista, y la guardó de nuevo en su pupitre. Pocos momentos más tarde sonó la campana, y los alumnos abandonaron la sala. El profesor se quedó solo. Durante unos minutos pareció concentrado en la revisión de los cuadernos de matemáticas. Pero luego suspendió su labor. Había sentido pasos en la sala vecina, y se asomó, sorprendiendo a la pequeña Virginia Gray mientras buscaba su merienda en una bolsa colgada entre las chaquetas.

—Virginia, dile a Lionel que venga.

Lionel acudió presuroso, algo preocupado, desprendido de algún juego cuyas huellas enrojecían su rostro y le brillaban en los ojos. Mostrándose comprensivo y severo a la vez, como si no lo convenciera todavía la primera respuesta de Lionel y estuviera dándole otra oportunidad para decir la verdad, Jorge Forbes le preguntó de nuevo de dónde había sacado la revista. Del salón de su casa, repitió con paciencia Lionel. Entonces el profesor lo amonestó por segunda vez:

—Aunque tu tío las deje botadas, esas revistas no son tuyas, y por lo tanto no debes llevártelas, y menos aún regalarlas.

Mirándolo con un aire de reproche y suspirando, resignado a

proceder con cinismo, el niño le aseguró que su tío no echaría de menos ningún "Adán". Difícilmente notaría la desaparición de alguno, pues no solía mirarlos de nuevo y nunca preguntaba por ellos. Nadie se preocupaba de aquellas revistas en su casa, y muchas ya se las habían llevado las visitas y otras las rompían los perros. Y otras, concluyó con un dejo acusador, estaban cayendo en las manos de sus amigos. Jorge Forbes fingió cierta sensación de alarma, cuya manifestación, para fastidio suyo, resultó ligeramente ridícula.

—¿Se las estás dando a tus amigos?

—Yo no se las doy, señor. Ellos las toman y se las llevan.

Ante aquellos hechos, Jorge Forbes, resignado, se dejó convencer.

—Bueno, dámela.

Una sonrisa de triunfo iluminó la cara del niño. Y volvió, feliz, a su pupitre, y luego se acercó de nuevo al escritorio del señor Forbes, trayéndole la revista con oficiosa rapidez. El profesor la puso junto a los cuadernos ya revisados y no la miró más; a continuación cogió su lápiz rojo y se dispuso a seguir corrigiendo los ejercicios de matemáticas. Antes de salir, y sonriéndole con un aire de complicidad, acogido fríamente por su profesor, Lionel, radiante, le dijo:

—Señor, tengo muchas más. Y aparecen unas rubias estupendas. En una sale la Marilín Monroe completamente desnuda. Otro día se la traigo.

Mientras los pasos del niño se alejaban por el corredor, Jorge Forbes permaneció pensativo, mirándose fijamente las manos. Luego dejó su lápiz y los cuadernos a un lado y tomó la revista.

Lionel había llegado atrasado, lo cual no era una novedad. Y, como de costumbre, se había quitado aparatosamente su abrigo, como si para ello necesitara complicadísimos esfuerzos, colgándolo en seguida con todo cuidado en la percha. Luego sacó de su portadocumentos los cuadernos y los libros y, "casualmente", un "Adán", lo miró, fingiendo sorpresa, volviéndose hacia los demás alumnos y hacia Jorge Forbes, y después lo guardó, diciendo:

—Esto es para más tarde.

Sintiéndose ligeramente sobornado, el profesor no le reprochó su atraso, mientras los demás alumnos contemplaban al recién llegado, los libros por el momento abiertos en vano en la página en la cual su entrada traviesamente teatral había suspendido la clase. Uno de los compañeros de Lionel sonrió:

—Ya le trajiste otro "Adán" al señor.

Al sentarse, Lionel miró risueñamente a su profesor:

—¿Le cuento, señor? Tenemos desde anoche una pensionista en la casa. Es prima mía. Llego de Santiago. Se llama Sibila; es canadiense. Una rubia preciosa, señor. ¿Y sabe cuántos años tiene? Catorce años. A usted le viene como anillo al dedo.

Y como a Jorge Forbes la chica le pareciera demasiado joven, el muchacho añadió que Sibila tenía catorce años, pero estaba por cumplir los quince y representaba dieciséis.

Durante la semana, nuevas noticias de Lionel fueron dándole a la figura de Sibila una mayor consistencia. Se trataba, como fueron sabiendo Jorge Forbes y el resto del curso, de la hija de un tío de Lionel, empleado en el mineral de Potrerillos. La madre de su prima era una holandesa, estupenda, según el juicio de Lionel; a ella, por suerte, había salido Sibila. La chica se había venido a Viña del Mar a estudiar en el Colegio de la Reina Isabel.

—Señor, Sibila es igual a la rubiecita que trabaja en la película “Baile de graduación”— afirmó ponderativamente Lionel.

Y dirigiéndose a Denis y a David, quienes, de visita la tarde anterior en la casa de Lionel, habían tenido el honor de tomar el té con Sibila (sin duda el chico los había convidado para mostrarles a su prima, pensó Jorge Forbes), apeló con entusiasmo a su testimonio:

—¿No es verdad? Y es mejor, aún. El señor la debería conocer. Ayer, éstos apenas la vieron se volvieron locos. Después no se querían ir, por nada del mundo. Eran las diez de la noche y no se iban. Si el señor la conociera pediría su mano, estoy seguro. Sus padres van a venir una vez al mes, a verla. Es preciosa, señor.

Se sonrojó.

*

La confianza con la cual alternaba con Sibila enorgullecía visiblemente a Lionel. Con frecuencia llegaba jactándose de las bromas que le hacía: le ponía sal en el té, pimienta en el pan, azúcar en la sopa. Ella lo perseguía, furiosa.

—¡Tiene una fuerza, señor! A veces debo correr a todo lo que me dan las piernas para que no me alcance y no me doble los brazos. ¡Mire cómo me dejó la muñeca esta mañana! Rasguña como gata.

Un día llegó más tarde todavía que de costumbre. Se había quedado dormido, se disculpó, porque no había sonado el despertador. Y Sibila, levantándose primero, le había ganado el baño; cuando ella salió ya estaban por dar las ocho. Al dejar Sibila el baño, por fin, él se hallaba

en el pasillo, esperando: ella tenía puesta sólo su camisa de dormir. Al referir esto, Lionel se ruborizó. “No me mires”, le había dicho Sibila. “Tápate los ojos”.

—¿Y tú te los tapaste?

—Me los tapé con las dos manos, pero así, señor, mirando entre los dedos. Una camisa de dormir bien cortita, señor, ¡y transparente! ¡Le vi todo!

David se volvió maliciosamente hacia Jorge Forbes:

—¿No es verdad, señor, que Lionel no debería pololear con su prima?

—¿Por qué no?

—Porque los hijos le pueden salir mongólicos.

Lionel sonrió, sonrojándose, feliz, profundamente halagado por aquella broma.

Sibila practicaba equitación. Un domingo, en una prueba para novicios realizada en el picadero del Regimiento Coraceros, la jovencita ocupó, montando a Mandarín, el segundo lugar, con cuatro faltas. Esta noticia, traída por Lionel y confirmada por un recorte de “El Mercurio”, sedujo al profesor. Se la figuró vestida de amazona, delgada, esbelta, bonita, con su chaqueta roja, sus dorados cabellos atados en la nuca bajo el casquete forrado en terciopelo negro, sus pantalones blancos y sus botas de montar, una fusta en las manos enguantadas. Lionel aumentó su entusiasmo mostrándole una revista de cine desde cuya portada miraba una linda rubiecita, los ojos provocativos casi cubiertos por el pelo: la protagonista de la película norteamericana “Baile de graduación”. Según Lionel, Sibila era igual a esa preciosura.

—Si yo tuviera ya unos veinte años ella pololearía conmigo. Me lo dijo la propia Sibila, señor —confesó, ruborizándose.

Porque a Sibila le gustaban los hombres mayores de veinte años. A propósito, el señor Forbes, ¿cuántos años tenía? ¿Veinticinco? El profesor sonrió, moviendo afirmativamente la cabeza (tenía veintiocho, en realidad). Otra cosa: ¿el señor querría concurrir a una fiesta, en su casa? Celebraría su cumpleaños con una fiesta en grande. Irían todos, ¿no es verdad?, todos los chiquillos del curso, con sus pololas. A sus compañeras no las convidaría, por tontas y por feas.

Ellas no habrían ido a su famosa fiesta, de todas maneras —declararon despreciativamente sus compañeras—, aunque las hubiera convidado especialmente; no pensaban aburrirse con aquellos ridículos niñitos de pantalones cortos.

—Bailar con cualquiera de ustedes —manifestó Verónica— sería para mí tan desabrido como bailar con mi hermano.

Tales palabras fueron aplaudidas por las demás niñas y abucheadas por los muchachos. Luego Lionel dijo:

—Señor, ¿usted no pololea? ¿No? Pero no se preocupe: le tenemos compañera. Una compañera de película. Ya lo sabe: no se comprometa para esa noche. Y vaya solo.

Jorge Forbes tomó clases de bailes modernos con el Profesor Acevedo. Y se compró ropa nueva en la sastrería Londres: un elegantísimo terno gris de casimir, una camisa de seda celeste, una fina corbata de color azul con lunares blancos. Pero ya en vísperas del cumpleaños de Lionel éste se le acercó, mohíno, para comunicarle una mala noticia: su madre no le había dado permiso para celebrar la fiesta.

*

Cuando todos los demás alumnos hubieron salido de la sala, se lo dijo:

—Señor, mi mamá quiere saber si usted me podría dar algunas clases particulares de matemáticas, unas dos veces a la semana. Y cuánto le cobraría por cada hora.

Jorge Forbes lo miró, sonriendo maliciosamente. Lionel no necesitaba ser ayudado en matemáticas; tenía notas demasiado buenas para ello. Eso el señor Forbes no lo pasaría por alto, desde luego; habiéndolo previsto, Lionel pretendió justificar su contradictoria petición. Pensaba entrar en la Universidad Santa María, prosiguió —mintiendo como le había mentido a su madre—, y por eso en su casa deseaban hacerlo adelantar cuanto se pudiera en matemáticas, el ramo decisivo en las pruebas a las cuales eran sometidos los postulantes. Moviendo afirmativamente la cabeza, el profesor sonrió de nuevo. Al día siguiente le contestaría, le dijo. No disponía de muchas horas libres, le aseguró (sin embargo, tenía libres casi todas las tardes), pero buscaría la manera de hacerle por lo menos una clase a la semana. Sobre los honorarios, agregó, consultaría con sus colegas. No sabía cuánto debía cobrar, no tenía la menor idea, jamás había dado clases privadas. Y se sintió molesto, avengonzándose de su actuación; había resuelto responder afirmativamente desde un principio, se dijo, reconociéndolo con disgusto, y los honorarios eran una cuestión secundaria, por supuesto. En realidad, no le agradaba prestarse a desempeñar ese papel forzosamente candoroso en aquella comedia concebida por Lionel y financiada, sin saberlo, por la confiada madre del chico; le fastidiaba fingir no

haberse percatado del verdadero motivo de las maniobras de su alumno y dejarse arrastrar a esa función por la cual, además, y esto hacía todavía menos ética su posición, él cobraría ciertos honorarios. Pero al mismo tiempo aquel asunto le permitía vislumbrar, asomada detrás de Lionel con atrayente curiosidad, la figura de Sibila, una posibilidad emocionante, provocativa y juvenil.

Esa tarde le habló de la proposición de Lionel a Brenda, una de sus colegas del San Andrés y tía del muchacho. Jorge Forbes no sólo le preguntó cuánto podía cobrar por unas clases a domicilio, sino también acerca de la situación económica de la madre de Lionel. No era muy buena, le confesó Brenda, cuyo temor a que Jorge viera en sus palabras un deseo de favorecer a su hermana la hizo agregar apresuradamente que si no nadaban en oro, tampoco vivían en la miseria. De todas maneras, Jorge Forbes valorizó con escrupulosa modestia sus clases.

Al día siguiente, su contestación afirmativa llenó de contento a Lionel. Pero sólo podría darle una clase a la semana, especificó Jorge Forbes, procurando enfriar un poco el entusiasmo de su alumno. Luego, cuando el chico se alejaba ya, y como si hubiera estado a punto de olvidar aquel pequeño detalle, y viendo que Lionel no lo había mencionado, lo llamó para comunicarle cuánto le pediría por cada hora. Dos días después el niño le trajo la respuesta de su madre, quien estaba de acuerdo con el precio, por supuesto. Entonces Jorge Forbes propuso la primera clase para el martes de la semana siguiente. Pero en el acto tuvo la desagradable sensación de haber caído en un error. Primero debía de haberle preguntado a su alumno cuándo tenía tiempo, se diría más tarde, disgustado. Lionel se había quedado pensativo. Parecía desconcertado. Jorge Forbes quiso enmendar su presunto error. ¿Algún problema, tal vez? No, no, señor, ninguno, negó precipitadamente Lionel. Estaba bien. Bueno; entonces, confirmó Jorge Forbes, de mal humor, sospechando haber echado a perder algo, y sin poder hacer nada por arreglarlo, el martes a las cuatro y media. ¿Conforme? Conforme, convino Lionel, sin el menor entusiasmo. A las cuatro y media. Quedaban en eso, concluyó Jorge Forbes, disponiéndose a volver a la sala de los profesores, de donde había salido para conversar con el chico. Tomarían el té juntos, añadió Lionel. Y sonrió, como si esa posibilidad hubiera borrado de súbito su contrariedad.

Lionel no estaba cuando llegó Jorge Forbes a la casa de su flamante alumno particular, el martes de la semana siguiente. La sirvienta lo condujo al salón. Lionel volvería luego, le dijo; el niño recordaba muy bien que vendría su profesor, y antes de salir lo estaba esperando. Al

parecer, había tenido que ir a comprar algo en la librería, para terminar una tarea. Pero como andaba en bicicleta no se demoraría mucho. Dicho esto, y después de ofrecerle asiento, lo dejó solo. El profesor se paseó por el salón, deteniéndose a contemplar los cuadros con ademanes de visitante de museo, los brazos tras la espalda, la cabeza un poco ladeada, poniéndose de acuerdo con la luz. Un olor doméstico, cálido y sucio, se respiraba junto al sofá, cuyos cojines, hundidos y tibios aún, estaban sembrados de pequeños pelos. El profesor se acordó de los jóvenes perdigueros que le habían salido al encuentro en el jardín, olfateándolo con curiosidad, amistosos y despaturrados, retirándose a continuación, desganadamente, mirándolo de reojo, gachas las cabezas, obedeciendo a los gritos de la sirvienta. Sugestionado por el recuerdo de los perros, el profesor sintió cierta picazón en varias partes del cuerpo. Después de mirar hacia la puerta por donde había desaparecido la sirvienta, se rascó disimuladamente.

Otros perros, unos galgos pintados en un cuadro colgado cerca de la chimenea, corrían delante de unos caballos montados por elegantes jinetes de negras chisteras, levitas rojas, pantalones blancos y botas, persiguiendo al zorro. Diseminadas por consolas y sillones había revistas femeninas, de modas, alemanas, francesas, italianas, entre las cuales encontró Jorge Forbes varios Adanes. Luego miró pensativamente a través de una ventana unos papayos arrinconados y el jardín poblado de hibiscos y floripondios donde sin duda se desarrollaban algunos juegos de Lionel, y sobre cuyos prados parecía flotar una especie de recuerdo de la presencia del chico. El profesor se acercó, después, a un gran armario: los clásicos británicos y norteamericanos, los escritores españoles del Siglo de Oro, la Enciclopedia Barsa, el Tesoro de la Juventud, una edición de lujo en cuatro tomos del Quijote. Y Lolita, el Cuarteto de Alejandría, Moravia, Lampedusa, Calvino, Capote, apretando sus populares portadas entre las encuadernaciones en cuero con letras doradas de los clásicos.

El profesor se sintió gratamente sorprendido: no esperaba encontrar en la casa de Lionel una literatura superior a la proporcionada por los Adanes, es decir, a las eróticas historias de Las Mil y Una Noches o del Decamerón, o a los rosados lugares comunes de las novelistas de algunas revistas femeninas.

*

Naturalmente, los dos fingieron tomar en serio la clase. Pero fue Lionel

quien representó mejor su papel, mostrándose atento y convencionalmente aplicado. El profesor le dictó tres o cuatro problemas. En seguida, mientras el muchacho los resolvía, Jorge Forbes hojeó varias revistas, contemplando especulativamente a las modelos, preguntándose qué tal serían como amantes y soñando que las conquistaba. Cuando Lionel terminó, Jorge Forbes abandonó las revistas y, ligeramente fastidiado, revisó con cierta displicencia los problemas, corrigiendo los errores y aclarando algunas dudas de su alumno. Luego le dejó tres ejercicios para la clase siguiente. Le había dado sueño, y debió disimular un par de bostezos. Habían transcurrido treinta y cinco lentísimos minutos, y Jorge Forbes dio tácitamente por terminada la clase, diciéndose, para silenciar sus escrúpulos, que habían perdido más de un cuarto de hora por culpa de la demora de Lionel en llegar.

Después, visiblemente ufano y contento de tenerlo por fin en su casa (mientras el profesor se preguntaba por Sibila), Lionel quiso enterarlo familiarmente de algunos hechos de su vida. Eran, la mayoría, travesuras de laboriosa y confusa gestación y cuyos resultados casi nunca concordaban con lo proyectado. Jorge Forbes las oyó sin entusiasmo, distraído, aburrido, y tuvo la vaga sensación de no haber adecuado sus actitudes a las pretensiones de Lionel, asintiendo risueñamente cuando, al parecer, correspondía cierta seriedad o algún gesto de negación, y quedándose muy serio cuando el chico desembocaba en un final presumiblemente chistoso. Al oírlo hablar de mezclas clandestinas preparadas con sus amigos y mediante las cuales habían estado a punto de volar la casa, o de sádicas trampas para cazar lagartijas, o de sapos metidos en la cama de Sibila, el profesor se sorprendió de haberse dejado arrastrar por ese muchachito hasta contraer el compromiso de darle aquellas clases que Lionel no necesitaba, y de hallarse allí, siguiéndolo en su juego, esperando la llegada de una niña de catorce años, con la cual, aún sin conocerla personalmente, parecía tener ya cierta relación sentimental. De repente se sintió rodeado por una realidad atemorizadoramente despojada de los velos de sus fantasías, ilusiones y sueños; vio su situación como la hubiera visto cualquier otro adulto en su lugar, fríamente, lúcidamente, con sentido común, y se avergonzó. Tuvo la desagradable sensación de haberse sorprendido a sí mismo haciendo el ridículo al ponerse a jugar con unos niños, un ridículo del cual, hasta ese momento, no se había percatado bien. Por otra parte, sintió cierto remordimiento al figurarse a la madre de su alumno economizando para poder pagar unas vanas clases particulares de matemáticas. Jorge Forbes procuró tranquilizar

su conciencia preguntándole al muchacho por sus lecturas, y, acercándose con él al armario, le recomendó varios títulos, tratando de despertar su curiosidad mediante algunos comentarios que supuso atrayentes para un chiquillo. Pero la evidente atención de Lionel era forzada y provenía de su deseo de complacerlo, como comprendió muy pronto su profesor.

Luego pasaron al comedor, a tomar el té. Sibila, le comunicó Lionel, como si por encargo de la propia chica la estuviera disculpando, actuaba en el conjunto teatral del Colegio de la Reina Isabel. Y todos los martes tenían ensayo. Por tal motivo, ese día llegaba casi de noche, cerca de las ocho. El profesor se sintió defraudado.

Pero su esperanza renació más tarde. Al despedirse, su alumno le preguntó si podía cambiar las clases para otro día, pues los martes tenía que ir al dentista, y, por lo tanto, no le quedaba mucho tiempo para sus tareas, y tampoco, por supuesto, para esa clase adicional de matemáticas. Jorge Forbes le propuso los jueves, y Lionel asintió con un alegre gesto de maliciosa complicidad.

Era bastante bonita, reconoció Jorge Forbes abandonándose a cierto entusiasmo. Rubia, de ojos azules. Como la primera vez, Lionel todavía no había llegado, y Jorge Forbes los estaba esperando (en especial a ella) sentado en un sillón, hojeando algunas revistas, en una de las cuales había descubierto el nombre de la chica unido conyugalmente a ciertos apellidos, de muchachos de su círculo, sin duda, jovenzuelos que con seguridad no tenían la menor idea de aquel honor, y quizás tampoco lo deseaban: Sibila de Molina, Sibila de Bengoa, Sibila de Novión, Sibila de Marín. Jorge Forbes descubrió también varios proyectos de firmas, nerviosamente pretenciosos, en los cuales, por las dudas, la chica usaba su apellido de soltera.

Ella entró sorpresivamente, al parecer enterada ya de la presencia de Jorge Forbes, o por lo menos esperando encontrarlo allí; lo saludó de soslayo, al pasar a su lado; soltó los libros —como quien se desembaraза de un peso molesto— sobre un escritorio; se sacó la chaqueta, luciendo su blusa blanca, de mangas cortas, y se dejó caer en un sillón, acompañando su teatral gesto de cansancio con un suspiro de alivio. Luego, con un ademán casi maquinal, prendió la radio, colocada en una mesita, junto al sillón. Y miró, felina, especulativamente a Jorge Forbes, la melena rubia protegiendo sus agazapados ojos azules. Jorge Forbes había visto antes esa cara, es decir, una cara muy parecida, y la recordó de repente: la de una muchachita fotografiada para el “Adán”, asomando su desnuda, juvenil y virginal sensualidad entre unos giraso-

les; una hoja, en simbólica representación de la censura y del pudor, le cubría como por casualidad la flor del pubis. La voz de Sibila se destacó sobre la música de fondo de la radio. ¿Todavía no había llegado Lionel? ¿No? ¡Qué falta de respeto! A Lionel era necesario manejarlo con mano firme. Si no, abusaba. ¿Cómo se portaba en el colegio? ¿Bien? ¿Lionel un alumno correcto? Ella se mostró sorprendida. Pero en la casa era muy distinto, dijo. Especialmente cuando lo venían a ver sus famosos amiguitos. Entonces nadie lo aguantaba. Posiblemente con su hipocresía lograba engañar a los profesores, y eso le permitía pasar por correcto. ¿Conque le iba bien en el colegio? Sibila no parecía muy convencida. Raro, muy raro, pues casi nunca estudiaba. Y no era precisamente un genio. Sin duda copiaba en las pruebas. A propósito, y si no recordaba mal, algo le había confesado al respecto Lionel una vez, agregó, sonriendo. Eludiendo aquel tema, Jorge Forbes trató de volver el filo de la conversación hacia la chica. ¿Cómo iban sus estudios? Ella (se había parado a sintonizar mejor la radio) lo miró por encima del hombro. Era una de las alumnas más brillantes del curso, le dijo, cerrando afectadamente los ojos, aparentando estar muerta de orgullo. Pero en seguida, bajando la voz, dándole un tono confidencial, sumamente agradable para Jorge Forbes, y dirigiéndole una humilde mirada de contrición, le confesó la verdad: le iba francamente mal en casi todos los ramos, y, así como vislumbraba su futuro, se quedaría repitiendo. Aprovechando rápidamente la oportunidad, el profesor le ofreció su ayuda. Pero en seguida se arrepintió de su apresuramiento. Había dado su primer paso en falso, sospechó, disgustado. Ella le dio las gracias con una sonrisa que Jorge Forbes tomó por un amable rechazo. Al parecer, ella no había creído en la sinceridad con la que Jorge Forbes le ofrecía su ayuda; la chica sólo había visto en las palabras del profesor de Lionel una galantería convencional, sin percibir su tentativa de llegar a establecer mediante aquella proposición un medio de alternar con ella en una forma más frecuente. Pero esa niña prefería seguramente atenciones de otra clase, algo más directo y concreto, supuso Jorge Forbes. Un convite para ir al teatro, por ejemplo.

La llegada de Lionel no le hizo a Jorge Forbes ninguna gracia. Sin embargo, le preguntó con cierta severidad la causa de su retraso. Luego, sin oírlo, dejándolo enredado en una confusa disculpa, pensó cuánto le habría gustado saber si también para los deseos de Sibila el muchacho había llegado demasiado pronto. La presencia de su alumno le había devuelto su momentáneamente olvidada condición de profesor; debía despedirse de la chica y ponerse a trabajar. Pero ella se le

adelantó; lo halagó compartiendo con él un gesto de resignación y de fastidio cuyo blanco eran, sin duda, las matemáticas, y dirigido, de paso, también contra Lionel; se levantó del sillón y apagó la radio, disponiéndose a salir. Bueno, anunció, los dejaba solos para no molestarlos en su clase. Jorge Forbes creyó percibir en aquellas palabras un dejo burlón, y al oírse colocado al mismo nivel de Lionel se sintió disminuido, si bien le agradó la familiaridad con la cual había sido tratado por la chica. Volviéndose hacia Lionel, ella le recomendó con autoridad:

—Pórtate bien, obedécele a tu profesor (de nuevo el presunto dejo burlón) y no te distraigas.

El chico le sacó la lengua.

La salida de Sibila ensombreció la sala. Los cuarenta minutos de la clase le parecieron a Jorge Forbes fastidiosamente largos.

*

El té lo tomaron los tres juntos, en el comedor. A Jorge Forbes le agradó que Sibila los acompañara y que para ello los hubiera esperado. La chica se había cambiado el uniforme del colegio por una juvenil y reveladora falda escocesa y por una chomba de lana que le abultaba el busto, destacando curvas que Jorge Forbes no había soñado al verla por primera vez, vistiendo su lisa chaqueta escolar. Jorge Forbes los entretuvo hablándoles de viejos castillos escoceses. Los niños lo escuchaban atentamente. Con pueril entusiasmo y feliz Lionel al ver cómo su profesor predilecto ratificaba los elogios con los cuales él se lo había ponderado a Sibila. Sibila, por su parte, con un aire muy femenino de aprobación, casi de mujer seducida. Varias veces, al mirarla de repente, Jorge Forbes la sorprendió, sonrosada, sus ojos azules brillando fijos en él. Jorge Forbes les mencionó los grises torreones y los blancos espectros del castillo de Balmoral, el favorito de la reina Victoria. No muy lejos del de Balmoral, prosiguió, se hallaba el castillo de Glamis; en uno de sus aposentos, cuya puerta estaba clausurada, unos fantasmas jugaban perpetuamente a los naipes, tal vez en castigo por haber jugado en día domingo cuando todavía no eran fantasmas. Otro espíritu, presumiblemente goloso en sus días mortales, entraba una vez al año en el comedor, arrastrando cadenas. Los comensales debían fijar entonces la vista en sus platos, mientras el fantasma recorría la sala y luego se retiraba pacíficamente. Les habló también de la fortaleza por la cual se paseaba con mayestática calma el fantasma de Ana Bolena, vistiendo tal

como vestía cuando la decapitaron y llevando bajo el brazo su propia cabeza. Una vez él, agregó muy serio Jorge Forbes, había visitado cierto castillo escocés en el cual, según el guardián que lo había guiado por sus aposentos, había fantasmas. “Yo no creo”, replicó Jorge Forbes. “Pues yo sí”, le dijo el guía, desapareciendo en el aire. Los niños, entusiasmados, decidieron referirle aquellas historias a la madre de Lionel, esa misma noche. Ojalá lloviera torrencialmente, con truenos y relámpagos, desearon, para disponer así de un ambiente más apropiado para los relatos de aparecidos.

Pero Jorge Forbes no pudo disfrutar durante mucho rato de la estimulante atención de sus dos jóvenes oyentes. Animado por aquel triunfo del señor Forbes, Lionel, pretendiendo emularlo, los quiso asombrar con la relación de algunas de sus famosas travesuras hechas en complicidad con sus amiguitos, pero sólo consiguió fastidiar a Sibila, quien le dirigía despectivos comentarios, y aburrir a su profesor, si bien éste pareció prestarle la mayor atención, premiándolo con una hipócrita sonrisa de simpatía cuando el chico terminaba cada relato. En realidad, Jorge Forbes callaba un juicio decididamente desfavorable para las historias de su alumno: eran tediosamente desabridas, y el muchacho no tenía ninguna gracia para contarlas. Recordando el origen de la madre de Sibila, el profesor supo aprovechar una pausa de Lionel para rememorar un viaje sumamente agradable realizado a bordo de un buque holandés. La chica retribuyó con alusiva sutileza la elogiosa evocación de Jorge Forbes. El mejor profesor que había tenido en su vida, declaró, lo había tenido en un colegio de Londres. Un profesor estupendo, encantador. Era un tipo de unos veintisiete o venticinco años, de pelo castaño, con unas varoniles entradas en la frente (Jorge se sintió retratado), apuesto, elegante y simpático, hacía suspirar a todas las chiquillas. Daba gusto conversar con él, sabía tratar a la juventud, él mismo era muy juvenil; sin embargo, se conducía con la seguridad y el encanto del hombre adulto y bien educado, era muy distinto a los muchachitos bobalicones que la rodeaban. A ella siempre le habían gustado los hombres mayores de veinticinco años. En Santiago, antes de venirse a Viña del Mar, había pololeado con un tipo de venticinco años, un colombiano, estudiante de medicina, pero había terminado con él por considerarlo muy poco maduro para ella. Y si en Viña del Mar no salía mucho era porque solían abordarla en la calle unos mocositos con gusto a leche, dándose unos aires de adultos, ahogándose con el humo y tosiendo al fumar, enronqueciendo la voz y tratando de usar modales y frases de personas mayores, los muy

ridículos, unos niñitos de catorce años cuando más, que no hacía mucho habían dejado los pantalones cortos. El hombre por lo menos debía doblar en edad a la mujer.

Al mencionar a los muchachitos con gusto a leche, Sibila le había dirigido a Jorge Forbes, disimuladamente, un gesto lateral, un guiño, para señalar a Lionel, un gesto adivinado, al parecer, por el chico, si no lo había visto reflejado en el espejo de la vitrina. Entonces él:

—¿Y tú, no tienes catorce años, apenas? También eres una mocosa.

—Una niña de catorce años es ya una señorita —terció Jorge Forbes, galante.

Sin hacerle caso a su primo, y premiando el cumplido de Jorge Forbes con una sonrisa, Sibila elevó la conversación a una zona demasiado densa para Lionel. Esta maniobra le permitió charlar libremente con el profesor, de igual a igual, mientras Lionel escuchaba con la vista fija en su taza de té, con una concentración casi dolorosa, como si tratara desesperadamente de comprender un diálogo en un idioma del cual él entendía sólo algunas palabras. Deseoso, al parecer, de dar algún zarpazo vengativo, se mantuvo al acecho. Estaban hablando de cine. La cultura cinematográfica de Sibila tenía, pensó Jorge Forbes, un ácido sabor a precocidad: aquellos candorosos ojos azules habían visto varias películas para mayores de dieciocho años. Le habían permitido la entrada porque había tenido la precaución de ir con zapatos de taco alto; se los había sacado a la tía, confesó risueñamente, de lo cual tomó nota su primo dedicándole un gesto de amenaza y prometiendo acusarla; ella, mirándolo con desdén, le aconsejó preocuparse de sus propios asuntos, como, por ejemplo, de justificar la presencia de cigarrillos en su velador. En seguida, sin ocuparse más del cariacontecido Lionel, Sibila ostentó sus conocimientos conseguidos como espectadora de cine. Le agradaban, por lo visto, las películas en colores; para ser más precisos, las de colores bastante subidos. Había logrado ver, entre otras no menos escabrosas, "La cama", "Secreto de alcoba", "Los amantes" y "Relaciones peligrosas". Empeñado en participar en la conversación, Lionel aseguró que también él había visto "Relaciones peligrosas", pero a continuación, obligado por Sibila, secundada por Jorge Forbes, a recordar algunos episodios, dio detalles desilusionantes: la estaba confundiendo con una cinta del Oeste de título parecido. Esta equivocación y sus consecuencias, un comentario burlesco de Sibila y la sonrisa paternal de Jorge Forbes, lo hicieron mantenerse un largo rato en silencio, furioso.

Del cine pasaron fácilmente a la literatura. El último libro leído por

Sibila era "Lolita" (en realidad, no había conseguido terminar siquiera el primer capítulo). No le había gustado, dijo. Era una novela demasiado pesada y demasiado cínica. Jorge Forbes tampoco había leído "Lolita", pero, de todas maneras, asintió con un movimiento de cabeza. La chica tomó de una silla vecina la novela que andaba leyendo por esos días, y se la mostró con un gesto de complicidad a Jorge Forbes, procurando teatralmente que Lionel no viera el título. Lionel, torciendo el cuello, estirándose, convertido en la negación de la dignidad y de la elegancia, trató de verlo, pero no lo consiguió. De todos modos hizo en seguida un ademán despreciativo, dándose repentinamente por enterado. Por lo demás, el título no le habría dicho nada. Era "La Romana", de Moravia. Dirigiéndose a la chica como si acabara de hacer un descubrimiento, Jorge Forbes le preguntó si se lo habían recomendado en las clases de literatura, en su colegio. Sibila se sonrió. No. Pero en el colegio también las hacían conocer obras profundas y serias, y no sólo las anodinas leseras que solían dedicarles los programas educacionales a los alumnos de las humanidades. Tenían una estupenda profesora de literatura, joven, moderna. Muy diferente a la vieja gruñona que había soportado el año anterior en las Monjas Francesas, en Santiago, donde había sido suspendida, confesó con orgullo, al ser sorprendida leyendo a Sartre, una novela bastante sucia, cierto, no recordaba el título, pero la estaba leyendo para mejorar su francés y enriquecer su cultura; sin embargo, aquellas monjas idiotas no habían querido comprender. Tal vez por eso le habían cancelado la matrícula, y no porque se pintara los labios y remedase a la madre superiora y coqueteara con el padre Andrés —el capellán— para ponerlo nervioso. De todas partes la echaban, se quejó, mirando a Jorge Forbes como si estuviera esperando ser consolada, pobre víctima de la falta de comprensión de sus mayores. El año anterior había vivido en la casa de otra tía suya, la tía Gertrudis, en Santiago, pero esa distinguida señora no había querido tenerla de nuevo, nunca más. Una lástima, porque la casa estaba cerca de la sede del San Cristóbal, donde solía jugar al tenis y practicaba equitación. Por eso, por culpa de aquella tía, se había venido a Viña del Mar. Y se había visto en la triste obligación de separarse de sus ratoncitos blancos; tenía ya más de veinte cuando debió dejar la casa de su tía Gertrudis. No pudo llevárselos, y como su tía no quiso quedarse con ellos (al contrario, cuando se los ofreció la miró fijamente, pálida) tuvo que regalárselos a un amigo. Se había despedido con verdadera pena de sus ratoncitos, pero, por otra parte, se había sentido feliz, pues no tendría que volver a las Monjas (las Monjas también se habían sentido

felices). Odiaba la religión. "El opio del pueblo", sonrieron, ella y Jorge Forbes. Le daba rabia pensar que hasta el año pasado había creído en Dios. Había sido, lo reconocía despechadamente, una estúpida que se había dejado embaucar por las monjas. Abominó también del celibato eclesiástico. Los curas eran hombres como todos, y, por lo tanto, deberían casarse. Así no andarían haciendo sus cosas a escondidas, y con vulgares prostitutas. Todo por culpa del celibato.

La posición de Lionel era deslucidamente secundaria. Procuraba mostrarse versado en cuanto se decía; sin embargo, sus desgraciadas tentativas de alternar con su prima y con su profesor no hacían sino confirmar su desorientación. Jorge Forbes lo escuchaba cortésmente y le respondía, tratando de acomodarse a sus niñerías; pero tal actitud era delicadamente falsa. Sibila, en cambio, desdeñaba sin compasión a Lionel: o no lo tomaba en cuenta, o lo hacía callar despreciativamente. Aquellos temas no eran para mocosos de su edad. Amoscado, Lionel mencionó de nuevo los catorce años de su prima. Quince, rectificó Sibila. Catorce, repitió Lionel. Pues los quince no los había cumplido todavía. Pero los cumpliría luego, en dos meses más, especificó la chica, enrojeciendo agresivamente. De todas maneras, porfió Lionel, todavía no tenía quince años. Cumplidos. No tenía la edad suficiente para pintarse los labios, fumar y pololear. Viéndose provocada con alusiones a su vida privada, Sibila se defendió lanzándose a su vez al ataque. Lionel, dijo, pretendía ser tratado como si fuera un adulto; sin embargo, casi siempre se comportaba como si no tuviera más de diez años. Y sus amigos eran iguales, unos niñitos agrandados. Querían pololear, y si una chiquilla les daba una oportunidad no sabían dónde colocar las manos. Vivían preocupados de sus entretenciones de niños chicos (aún jugaban a los bandidos) y de sus bromas estúpidas. ¿Y ella? Ella se ponía zapatos de taco alto y fumaba, y, sin embargo, guardaba un par de muñecas en el ropero. Cierto. No lo negaba. Pero las guardaba como recuerdos de su niñez. ¿Y sus pololeos? ¿Tampoco los negaba? No tenía quince años, aún, y había pololeado ya no se sabía cuántas veces. Una tarde Silas y David habían visto a Sibila pololeando en el Parque Británico con Javier Novión, un grandote con pinta de pavo que sólo hablaba del tenis y de las motocicletas. A Jorge Forbes no le hizo ninguna gracia tal acusación. Tampoco a Sibila. Típico, dijo ella. En esa maldita ciudad bastaba que la vieran a una conversando con un amigo para que los creyeran pololeando. Javier y ella eran buenos amigos, nada más, agregó, rechazando a la manera de las estrellas del cine aquella presunta relación sentimental. Javier apenas tenía diecisiete

años; jamás había pensado pololear con él. Bien. Pero, ¿y Juan Carlos? ¿Pretendería negar que había pololeado con Juan Carlos? La chica se ruborizó reveladoramente. Pero eso había terminado hacía mucho tiempo, hacía más de tres meses. Era historia vieja, olvidada, un asunto archivado. ¿Y Gabriel? ¿Gabriel? ¿Ese fantoche petulante, creído, que pretendía conquistar a las chiquillas hablándoles de los millones de sus padres y de los fundos en Linares? No pololearía con él por todo el oro del mundo. Sin embargo, habían salido juntos una noche, habían ido a la fiesta de la Escuela de Negocios, prosiguió Lionel. Y en una noche podían pasar muchas cosas. ¡Pero no había pasado nada!, lo atajó Sibila, ofendida y digna. ¿Y Leopoldo? ¿Leopoldo? Leopoldo era muy simpático, muy servicial y atento, pero a Sibila le gustaban los hombres bien varoniles, los hombres de pelo en pecho, y Leopoldo bailaba estupendo, era elegante y muy formal, muy fino, demasiado fino, y... bueno, mejor sería no seguir hablando de Leopoldo. Jorge Forbes la escuchaba complacido, halagado por esa ruborosa y casi apasionada eliminación de presumibles rivales y antecesores. Pero como aquel duelo verbal amenazaba enconarse, debido en especial al vengativo rencor de Lionel, Jorge Forbes cambió de tema preguntándoles dónde se guardaban esos disfraces de los abuelos que Lionel había prometido mostrarle; Jorge Forbes pensaba utilizar algunos en el San Andrés, en la fiesta de clausura del año escolar. Lionel se puso de pie. ¿Quería verlos? Estaban en el altillo. Los tres abandonaron el comedor y subieron al segundo piso. En el corredor Sibila detuvo al visitante y le mostró su pieza. En las paredes había pegado banderines y afiches y varios recortes de revistas: actores de cine, cantantes de moda y perfiles de caballos de carreras. La chica metió la mano debajo de su almohada para sacar una cajetilla de cigarrillos norteamericanos, ofreciéndole uno a Jorge Forbes antes de ponerse otro entre los labios. Lionel sacrificó su dignidad y le pidió que le convidara uno, pero ella, con un aire de superioridad y de desquite, le contestó:

—No, señor; usted es muy chico todavía para fumar.

Fue necesaria la mediación del profesor para que Lionel pudiera fumarse también un cigarrillo. Sibila sacó del velador una caja de fósforos, pero, al ver un encendedor en las manos de Jorge Forbes, la guardó de nuevo. En el velador había, junto a la lámpara, una fotografía, de un hombre de aspecto deportivo y juvenil, y el visitante se sintió dominado por un principio de celos. Notando el destino de las miradas del profesor, la muchacha sonrió, tranquilizadora.

—Es mi padre —aclaró.

Jorge Forbes, además de aliviado, se sintió desagradablemente descubierto y se avergonzó de su suspicacia.

Lionel subió primero al desván. En seguida lo hizo Sibila, con anglosajona despreocupación. Y, por último, Jorge Forbes, quien tuvo la fugaz y emocionante revelación de los muslos de la chica. Se detuvieron, pensativos, ante aquellos trastos polvorientos. Luego abrieron un baúl señalado por Lionel y comenzaron a sacar disfraces: de aldeana rusa, de colombina, de arlequín, de alsaciana, de cosaco, de gitana, de florista. En varias oportunidades, hurgando en aquel conjunto de corpiños, blusas, polleras, delantales, mantones y otras prendas, las manos de Sibila y del profesor se toparon; ella no retiraba la suya en el acto, abandonándole su cálida suavidad por unos momentos. Del baúl surgió finalmente un anticuado sombrero de copa, brillante y gastado en los bordes. Después de mirarlo traviesamente, Sibila se lo puso con un súbito movimiento a Jorge Forbes. Y lo contempló, divertida.

—Te ves estupendo.

En seguida disfrazaron alegremente a Lionel de payaso, y durante algunos minutos el chico los hizo reír parodiando con reivindicatoria comicidad a una equilibrista, caminando por una cuerda, hija de su fantasía, con la bamboleante ayuda de un desvencijado quitasol; mientras tanto, su boca remedaba el emocionante tamboreo de una banda circense.

*

Atardecía cuando bajaron. Se despidieron en el porche. Lionel desapareció de repente, sin decir nada, dejando a solas a su profesor y a Sibila. Ella lo acompañó por el jardín. Cuando llegaron a la verja, volvieron a despedirse, dándose la mano. Sin soltársela, ella le dijo:

—Tenía ganas de ir al centro, a comprar un disco. Pero ya es muy tarde para salir sola.

Se miraron; luego ella bajó la vista, ruborizada, mientras apretaba con su mano la de Jorge Forbes antes de retirarla. El profesor sonrió.

—Vamos. Yo te acompaño. Y te vengo a dejar después.

—¿En serio?

—Si tú quieres, por supuesto.

—Espérame un minutito. Vuelvo en seguida.

Y corrió por el sendero, entre los rosales, y regresó con prontitud; se había puesto apresuradamente un chaquetón que le aseñoraba un poquito el aspecto. Y le preguntó si su compañía no lo comprometería.

No, sonrió Jorge Forbes. Pero ella quiso estar bien segura: ¿no corría ningún riesgo de que alguna polola o novia —porque casado no era, ¿no?— se le viniera encima hecha una furia? Jorge Forbes le aseguró que no.

Caminaron enfrentando la dorada desaparición del sol. El sol arrastraba en su caída un cielo verdoso semicubierto de leves nubes grises manchadas de rosa.

*

Tomaron un autobús para dirigirse al centro. Se bajaron en la plaza. Era la hora de la salida de las oficinas, de los encuentros en los cafés o en las esquinas o en las entradas de los teatros, de las compras apresuradas en los negocios a punto de cerrar. La tarde se había convertido en crepúsculo; la luz artificial iluminaba las calles, animadas a esa hora por un gentío presuroso, liberado. Recortados en el melancólico y sedante cielo lila del anochecer, los edificios cobraban vida, revelando su altura mientras más y más luces iban prendiéndose, amarilleando en las ventanas. El profesor saludó tangencialmente, al pasar, a Beatriz, una cajera del Banco de Londres a quien había pretendido años atrás. Ella iba del brazo de un tipo de bigotes que, percatándose de aquel saludo, le sonrió también a Jorge Forbes, quien creyó percibir un brillo burlón en la mirada de Beatriz, reflejado en seguida en la sonrisa de su bigotudo acompañante. Jorge Forbes miró bruscamente a Sibila y la vio convertida de nuevo en una niña de catorce años. Hasta la estatura de Sibila le pareció disminuida. El profesor se sintió ridículo. Temió toparse otra vez con gente conocida, con algún amigo, con algún colega, con apoderados o alumnos del colegio. Se dijo que quienes lo vieran adivinarían en el acto su naciente y desproporcionada relación con esa muchachita. Quiso apurarse, ir a comprar el famoso disco rápidamente y salir cuanto antes de las iluminadas y animadas calles del centro. Había proyectado arrinconarse discretamente con Sibila en el Caribe, pero comprendió que Sibila deseaba precisamente lo contrario. Sibila quería lucirse públicamente con él, quería que todo el mundo los viera juntos. Mientras Jorge Forbes pensaba en una mesita ubicada detrás de un filodendro, en la penumbra de algún rincón del Caribe, Sibila parecía buscar los lugares mejor alumbrados y más concurridos, las vitrinas más atractivas y brillantes, los faroles más luminosos. Con una calma desesperante, se paraba largos momentos delante de los escaparates de las tiendas de ropa femenina, profiriendo comentarios

—en voz demasiado alta, se decía su acompañante— sobre algunas prendas que la entusiasmaban y sobre sus elevados precios.

—¿Cuatro mil escudos por ese vestido? ¿Te das cuenta? Son unos ladrones. En Santiago ese mismo vestido vale la mitad.

—Ese plisado es mucho más bonito.

—¿Te gusta? Es un vestido para viejas. Mi abuela se vería bien con él, pero yo no.

A Jorge Forbes le pareció raro sentirse tuteado por aquella chica.

Por fin llegaron a Discolandia. Sibila hizo colocar más de diez discos, obligando a Jorge Forbes a escucharlos con ella metidos ambos en una cabina. La chica no compró ninguno, al final. Jorge Forbes no pudo disimular su desagrado:

—¿Me vas a decir que no piensas comprar ninguno después de haber escuchado prácticamente todos los discos del negocio?

—No los escuché todos; escuché sólo algunos. Y ninguno me gusta. ¿Por qué tendría que comprar algo si no me gusta? ¿Tú comprarías algo que no te gustara?

—¿Pero no venías a comprar un disco determinado?

—No tienen la versión que yo quiero.

—¿Pero no te gusta ningún otro disco? Elige uno. Yo te lo regalo. Ella lo miró con un aire de sorpresa, desilusión y reproche:

—No me digas que no te atreves a salir de una tienda sin haber comprado algo. Estos hombres... ¡Qué falta de personalidad!

Salieron (en la tienda estaban esperando que se fueran ellos para cerrar) y caminaron, sin hablarse, hacia Miramar. El profesor se sentía mirado con curiosidad y malicia por los transeúntes. Le propuso a Sibila ir a tomar algo al Caribe, pero ella rehusó.

—Gracias. No tengo sed.

Siguieron caminando hacia Miramar. Ya era de noche. Se detuvieron ante los movimientos y las luces y sombras de un parque de diversiones. Una enorme rueda de Chicago giraba con aparente lentitud. Escucharon femeninos grititos provenientes de la montaña rusa. La gente deambulaba entre los carruseles, las loterías, el tiro al blanco, los puestos donde vendían churros. Jorge Forbes presintió, con espontáneo rechazo, el olor de la muchedumbre. Destestaba todo eso, esa promiscuidad, esa entretención pueril y vulgar. Sibila estaba entusiasmadísima. Le señaló con un vivo ademán a Jorge Forbes un muchacho desgarbado y rubio, parado ante un puesto de tiro al blanco; su postura daba la sensación de que se le había perdido alguien. Sibila le hizo

señas, y el muchacho la miró desde lejos con un gesto de miope, al parecer tratando de reconocerla.

—Es Alfredo, el hermano de una compañera mía —dijo Sibila.

—¿Sí? —manifestó Jorge Forbes.

—¿Vamos? —propuso la chica, volviéndose hacia Jorge Forbes. Le brillaban los ojos.

Jorge Forbes asintió.

—¡Corramos! —urgió.

La chica corrió juvenilmente hacia los juegos. Jorge Forbes hizo ademán de seguirla, pero luego dio media vuelta y regresó rápidamente a su casa, yéndose por las calles más oscuras, como si quisiera escapar de alguien que lo viniera persiguiendo, mientras pensaba, con fastidio, cómo afrontaría los ojos acusadores de Lionel, al día siguiente, y cómo justificaría su decisión de no seguir dándole clases particulares.